

Entrevista Hugo Romero

Cuáles son los problemas y desafíos actuales que son más importantes respecto a la planificación urbana y regional en Chile?

Yo pienso que en el país se han ido acumulando muchísimos problemas, tanto a nivel regional como urbano, que muestran que no es conveniente de ninguna manera persistir en una omisión sistemática de la planificación del desarrollo.

Para mí no se trata solamente del tema territorial, que por supuesto constituye una dimensión muy significativa del desarrollo, sino que hablo de la falta de un debate serio, profundo, estable y democrático de lo que estamos observando respecto de los desafíos del desarrollo, ¿no?

Hay una suerte de sensación que se va apreciando en todas partes, de “espontaneísmo”, de voluntarismo, de una actitud más bien reactiva frente a los problemas, y de una acumulación de problemas muy importantes, y que no sólo no se resuelven sino que van adquiriendo características cada vez más graves.

Por ejemplo, el caso del desarrollo minero del norte chileno. Yo creo que no se encuentra en otro lugar del mundo una situación de transformaciones de la envergadura de las inversiones de mineras chilenas. Aquí estamos hablando de 65 mil millones de dólares de inversión. O sea, prácticamente un tercio del PIB del país se está invirtiendo en la localización de proyectos de mineros que pertenecen a las compañías más grandes del mundo.

En rubros como la producción de cobre, litio, molibdeno o de oro, el país ya es un actor protagonista a nivel mundial. En el caso del cobre, el país satisface el 40% de la demanda mundial. Esa transformación minera de esta envergadura, que implica una redefinición de todas las redes regionales, implica una ocupación de todos los recursos naturales –por ejemplo del agua-, en un nivel de peligrosidad que puede significar un impacto absoluto y total sobre el ecosistema, el desaparecimiento de los humedales y ríos, por lo tanto la desaparición de las comunidades rurales e indígenas, y todo eso para localizar a la población en zonas urbanas que ya son poco sustentables.

Si ustedes piensan por ejemplo en Alto Hospicio, respecto de Iquique, o lo que está pasando en Copiapó, o en Arica, o Antofagasta...Entonces uno observa que todo este tremendo proceso de inversión, que está asociado a esa apertura irrestricta del país a los flujos de capital y tecnología, a las nuevas formas productivas; es un vector de transformación y de cambio que puede significar para nosotros una nueva crisis del salitre al corto plazo –con todo lo que es el abandono de la región, la devastación completa de los recursos naturales, la crisis social de gran envergadura-, o por el contrario puede significar una oportunidad de desarrollo única.

Pero no se aprecia en el país una observación analítica de lo que está pasando. Ni una visión de política pública, estratégica, de largo plazo, que esté pensando en el desarrollo del

territorio, en el bienestar de las poblaciones, en la conservación del medio ambiente. Y sobre todo no se observa un debate de parte de ninguna autoridad pública.

También, de alguna manera, se aprecia la crisis de algunas comunidades locales, que ven con angustia su extinción completa, o también se escuchan voces críticas de los ecólogos, que señalan esto está significando una devastación tremenda de los ecosistemas. Pero no se aprecia un nivel de debate con la profundidad y sistematicidad que aborde los aspectos positivos y negativos que están involucrados.

Entonces las visiones son sectoriales, son parciales, son descoordinadas, no tienen visión de largo plazo ni aspectos multidisciplinarios en su enfoque...En definitiva, vamos experimentando una suerte de sorpresa paso a paso. Nos vamos enterando gradualmente de las dificultades que se generan, pero sin que se perciba una capacidad de respuesta sólida, global, institucionalmente válida. Eso es un problema que remarca las dificultades que enfrenta el desarrollo territorial, que no es muy distinto de lo que ocurre en la Patagonia, ni en Chile Central, ni lo que ocurre en los glaciares, en las montañas, ni en la zona costera.

Los problemas asociados a esta intervención liberal sin restricciones, regulaciones claras, sin una discusión permanente ni una política pública definida, se vuelven cada vez más graves. El problema principal es que, cuando se termina la ecuación, lo que se vislumbra finalmente es que con este sistema no es posible conseguir el desarrollo tan ansiado por el país.

Si tú reproduces eso ahora a nivel de la ciudad, haciendo el respectivo cambio de escala, te vas encontrando con el mismo problema. O sea, suponer que una ciudad solamente el crecimiento económico va a conducir, por acumulación, al desarrollo económico, no considera que podría ser al revés, y conducir al no desarrollo.

Sin embargo, esto requiere una visión prospectiva, analítica, estratégica, de mucha persistencia y crítica de lo que está ocurriendo. Esto, con participación relevante de los actores sociales; de los académicos, las comunidades locales, los agentes productivos, los habitantes de la ciudad. Que todos ellos estén participando activamente en ese proceso de construcción, de clarificación de los costos y beneficios asociados. Mientras eso no ocurra, como dije antes, vivimos una suma de sorpresas. Muchas veces sorpresas que son totalmente contrarias al desarrollo.

Ahora, si nos pasamos al ámbito de los riesgos, y nos fijamos lo que ha sucedido en Chaitén, lo que está sucediendo en Constitución, en Talcahueno, en Tomé, en Dichato...son todos ejemplos que demuestran una gran improvisación, asociada a una noción errónea de lo que es la política pública y lo que es el rol de las instituciones públicas. Hay un sobrepeso ideologizado de lo que es la actuación de los funcionarios públicos, en este gobierno, y en los anteriores; sin que se alcance a reconocer cuál es exactamente el rol de la política pública. Esa discusión no ocurre en Chile.

Entonces la sorpresa es cuando la OCDE dice "Mire, Chile, junto con México y Turquía, son los países de peor distribución del ingreso en todo el grupo de países desarrollados". Entonces uno se queda perplejo y dice "pero, ¿y todo el exitismo que ha acompañado este desarrollo

territorial del país?" Un exitismo que ha sido tan reproducido por las autoridades, por los empresarios, y que muchas veces ha sido transmitido a la comunidad. ¡Es que no puede ser un país desarrollado que tenga 27 veces de diferencia entre el 10% más rico y el 10% más pobre! No puede ser porque no hay ningún país desarrollado que tenga esos índices.

Y obviamente, con esas tremendas diferencias sociales en la distribución del ingreso, que han permanecido sin solución por décadas, ¿qué cabría esperar de la reproducción de esa distribución de la riqueza en el territorio? ¿qué cabría esperar en la ciudad, si no fuera el espejo de esta situación social?

Según el análisis de la prensa en estos días, no son 27 veces lo que separa el ingreso del decil más rico del decil más pobre, sino 29. Y efectivamente, si uno se va a un núcleo urbano específico de La Dehesa y lo compara con uno del sector de La Pincoya, es probable que no sean 29 sino 150 veces. Entonces si cambiamos la escala podemos seguir aumentando el nivel de desigualdad y polarización.

¿Cómo es posible que hayamos construido ciudades con estos resultados, que son escandalosos? ¿Y que esto no obligue a una réplica fuerte de parte de los académicos, de la sociedad, que diga "esto no es aceptable, esto es la negación del desarrollo? Y ocurre que eso no se escucha. No; parece ser que el problema, como leía en las interpretaciones, es laboral. "Hay que resolver el problema laboral". Eso es cierto, pero no es solamente cierto eso. También es muy cierto lo de la delincuencia, lo de las patologías sociales, lo de la inseguridad, y muchos otros elementos están presentes en nuestra ciudad.

No hay un espíritu de búsqueda de la equidad social en nuestro propio desarrollo. Yo diría que por el contrario, hay una aceptación tácita de que las cosas están bien, y que cada día van a estar mejor. ¡Y las estadísticas demuestran exactamente lo contrario! Pero yo no noto una reacción vigorosa, ni de los urbanistas, ni de los territorialistas, ni de los especialistas en desarrollo regional y urbano; que digan que esto no es sustentable y que es completamente inaceptable.

Según su juicio, ¿cuál debería ser el papel del Estado, en la regulación y formación de las ciudades?

Pienso que hay muchos roles que le corresponden a las políticas públicas, y que el Estado necesariamente tiene que asumir como parte fundamental de sus tareas. Existe una trilogía fundamental: por un lado los empresarios optando y maximizando sus rentabilidades económicas; por otro lado la sociedad intentando maximizar la formación de capital social y humano; y por otro lado el Estado armonizando estos puntos de vista, generando estos debates, facilitando la participación ciudadana.

Y en eso el Estado falla, por ejemplo, reconociendo el profundo valor del conocimiento. No puede ser que el país siga improvisando y desconociendo los tremendos avances científicos y técnicos que se observan en todo el mundo. En el campo del urbanismo, de la ecología urbana,

de paisaje, del ordenamiento territorial, y por supuesto en el campo de la justicia social y socio-ambiental.

No podemos seguir tampoco con un servicio público que carece de profesionalismo, de estímulo, de perfeccionamiento. No podemos seguir con un país que carece de los mecanismos de información transparentes y públicos para que toda la ciudadanía entienda las implicancias de las transformaciones. No podemos seguir con un divorcio entre la ciencia y la toma de decisiones.

No podemos seguir pensando en funcionarios públicos efímeros, que ocupan las más altas responsabilidades del país durante un breve tiempo, y que después no tienen responsabilidades políticas asociadas a su toma de decisiones.

Yo entiendo que cuando hablamos de Estado, hablamos de una institución que es capaz de reproducir esas aspiraciones y necesidades sociales. Por ejemplo, la equidad. Se trata de un bien fundamental, porque tiene que ver con la estabilidad política, social, con las oportunidades de desarrollo, con la seguridad, con la calidad de vida. Y no se puede suponer que todas esas cuestiones se pueden construir individualmente, sino que requieren de acciones colectivas. Alguien tiene que promoverlas, alguien tiene que estimularlas, premiarlas y establecerlas.

No podemos tampoco suponer que todo va a ser el producto de una movilización ciudadana. Están bien, pero si esas movilizaciones no se transforman en participaciones estables en la formulación de políticas, entonces se podría tratar solamente de un griterío transitorio. Entonces vamos a tener un griterío transitorio por un lado, y por otro una política también efímera y transitoria. Bueno, ¿quién se hace cargo entonces de las cosas estables y permanentes?

Porque de lo que estamos hablando no es un esfuerzo que corresponde hacerlo en los siguientes dos años, sino uno que implica tareas intergeneracionales y permanentes. ¿Cómo le entregamos coherencia a esto? Tiene que haber una institucionalidad pública sólida, que sea muy responsable, muy transparente y autónoma, muy comunicativa, y esencialmente muy participativa. No se trata de cederle a la comunidad algún espacio de opinión para no hacerle caso nunca. Porque eso significa destruir la credibilidad social. Significa eliminar a los líderes vecinales, por ejemplo, que surgen con gran dificultad, que estructuran apenas una organización que puede tener una opinión frente a un acontecimiento importante. Si no se les premia, si no se les estimula, si no se les financia a esas organizaciones y sus tareas...después nos quejamos de que la gente no participa. ¡Pero si no hay ningún estímulo real, ningún premio a la participación! No hay ninguna manifestación en la toma de decisiones que haga que esos dirigentes y su comunidad se enaltezcan de haber participado. ¡Al contrario, terminan todos avergonzados!

Como veía hace pocos días en un programa de televisión, sobre el tema de la decisión de la construcción de las represas en Aysén. Al final, ¿qué veíamos? ¡A los representantes comunitarios llorando! Porque ninguno de sus argumentos fue entendido por nadie. No, eso

es desarmar, destruir el capital social. Por supuesto, con eso no esperemos después ninguna participación. Porque nadie va a convocar a la comunidad.

Creo entonces que hay problemas que el Estado debe asumir como prioritarios y fundamentales. Y me parece que casi todos ellos hoy día tienen que ver con la generación de un marco institucional apropiado para facilitar la participación. O sea, yo no le estaría pidiendo al Estado ninguna solución mágica a los problemas que se han ido acumulando durante décadas, o en algunos casos probablemente centurias. Lo que le pido es una apertura mental, conceptual, intelectual frente a los problemas. Nadie puede tener la razón por sí solo, pero entonces ¿cómo generamos el diálogo democrático para conseguir el avance sistemático y unas negociaciones adecuadas?

Si todos sabemos que el proceso de desarrollo puede implicar que los sacrificios sean en un cierto momento pagados por un sector más que por otro. Es probable que estemos dispuestos a aceptar eso, pero en la medida que eso reditúa un beneficio en el largo plazo. ¿Pero qué pasa si eso significa una exclusión sistemática y, finalmente, siempre los mismos ganadores y perdedores? Eso también hace perder la credibilidad en un proyecto colectivo de país.

Las estadísticas que se están presentando demuestran cabalmente que el proyecto social que ha acompañado este proyecto de desarrollo económico ha sido un fracaso. Ha sido un fracaso. No digo esto para culpar a los gobiernos, sino que para que por fin identifiquemos cabalmente las acciones que tenemos que emprender, las sociabilicemos e involucremos a toda la sociedad en este proyecto de construcción del país. Mientras eso no ocurra, yo me temo que las cosas van a seguir siendo más o menos iguales.

¿Qué visión propone usted para el desarrollo de una política integral de desarrollo urbano nacional?

El desarrollo urbano no puede estar al margen del desarrollo económico, social y sustentable del país. Seguir pensando fragmentariamente nos resta de una visión territorial.

Seguir pensando en forma diferente el crecimiento económico, que la equidad social, o ambos aspectos de la política educacional, parece también un error. La política educacional, que hoy está tan cuestionada en el país, tiene una dimensión territorial y urbana innegable.

No es casualidad que los peores resultados educacionales se obtengan siempre en los sectores más pobres y más vulnerables de la sociedad. No es tampoco casualidad que los que quieren escaparse de esa verdadera “jaula de la pobreza”, tengan que salir a estudiar a un liceo que queda en otra comuna, en otra parte de la ciudad.

O sea, una escuela que está localizada estratégicamente en un barrio, para facilitar no solamente la calidad de la educación, sino que la convergencia social, pero que además va unida al equipamiento más adecuado, a la presencia de los profesores más destacados, no es

por lo tanto una acción que pueda ser concebida desde el punto de vista urbano solamente. Pero sin duda el hecho urbano es absolutamente fundamental.

Y lo mismo cabría esperar respecto al desarrollo del transporte público; o del comercio en la ciudad; o las renovaciones urbanas que emprendamos; o la presencia de áreas verdes...son todos factores que tienen que ser vistos en su integralidad. Lo peor que podría ocurrir es que unos se estén contraponiendo con los otros.

Y la sensación que uno tiene es que cada vez que se aprueba (o reprueba, ahora) un Plan Regulador, es que no se está considerando debidamente la sinergia, los efectos relacionados, que constituyen un proyecto de desarrollo integral.

¿Y qué pasaría con la segregación o la partición que existe también a la hora de gestionar? ¿De los organismos que tienen que involucrarse en la generación de procesos, de proyectos? ¿Cómo ve usted lo que se ha criticado tantas veces; este sectorialismo en los organismos públicos?

No puede haber desarrollo urbano, sustentable, con la actual fragmentación institucional, y más que nada, con la falta absoluta de coordinación entre las instituciones que participan. Y esto es un tema que cuestiona fuertemente al gobierno de la ciudad por un lado y la gobernabilidad por otro lado.

La administración de los territorios comunales, y el asumir a la ciudad como una suma de comunas, cada una con sus propios intereses políticos partidistas está más asociada con esta fragmentación que yo mencionaba al inicio. O sea, a una falta de reconocimiento de la estabilidad de las políticas públicas y las visiones a largo plazo. En el fondo, aquí cada cual está tratando de sacar las conveniencias políticas efímeras que quiere. Pero la ciudad no puede resultar de la suma de esas contradicciones de intereses tan divergentes.

Hay que generar una gobernabilidad y un gobierno de ciudad que sean totalmente distintos a los que hoy día tenemos.

¿Cuál debería ser entonces, según usted, el papel del Intendente y el gobierno regional?

No, yo pienso que el país no resiste más una visión centralista como la que tenemos. O sea, la concentración del PIB en Chile se da casi en un 50% en Santiago. ¡Y eso que este es el resultado de 35 años de "regionalización"! ¡Cómo hubiese sido si no se hubiese siquiera formulado su retórica!

Si nos quedamos con el resultado del proceso, entonces tenemos que casi el 50% del PIB está en Santiago. Y probablemente esta concentración va a seguir. Una región como Aysén, que es capaz de producir el 0,5% del producto nacional, ¿cómo va a constituir un mercado atractivo para nadie? ¡Y qué podemos decir del altiplano andino, en el que prácticamente ya no vive nadie! Entonces hay que hacer una distribución muy importante del país.

Para eso, me atrevería a plantear que es muy importante que el país avance hacia el federalismo. A mí me parece que si uno compara el desarrollo regional de los países que tienen gobiernos federales –particularmente me quiero referir a Brasil-, y no quiero necesariamente comparar ni la acumulación de productos ni de población, porque hay muchas diferencias.

Sin embargo, si por ejemplo analizamos un estado que para la geografía chilena sería como la región de Aysén. Tomemos el estado de Santa Catarina. ¿Qué exporta Santa Catarina? El primer rubro de exportación es alimentos. Principalmente carne de cerdo y de pollo. ¿Y a quién exporta? Principalmente al Reino Unido y Japón. El segundo rubro es exportación de motores, y exporta a Estados Unidos y Argentina. El tercer rubro tiene que ver principalmente con la tecnología. ¿Qué exporta? Software. ¡Porque la Universidad de Santa Catarina tiene la carrera de robótica más prestigiada del continente! Entonces, si a mí me dicen “Santa Catarina; Florianópolis, por lo tanto, turismo”... ¡No señor!

La estructura diversificada de esa región –una de las más ricas de Brasil, pero al mismo tiempo de las más pequeñas y más despobladas de ese país-, es así por el presupuesto del Estado para invertir en el fomento productivo en el apoyo a los pequeños empresarios; en la formación de capital humano; en el financiamiento de una universidad de primera categoría. Esas acciones sólo las puede emprender un gobierno regional auténtico. Que tenga financiamiento propio y que tenga una representatividad política propia.

Entonces un Intendente nombrado por el presidente, que obedece a los intereses del sistema central, con financiamientos que no son propios, con que la riqueza que se produce en las regiones es drenada hacia el centro o hacia otros países...no, con ese esquema me temo que no hay ninguna posibilidad de desarrollo regional.

¿Cuál es su visión para el futuro desarrollo de Santiago, de aquí a 50 años?

Yo creo que Santiago tiene que compatibilizar su rol de ciudad global, con la necesidad de revertir fuertemente esta absoluta y única concentración de casi todas las actividades en torno a la ciudad.

O sea, aquí el proceso de descentralización y regionalización al cual aludíamos, implica que si bien Santiago debe continuar siendo una ciudad global, tiene que haber también unas ciudades beta y unas ciudades gamma.

Tampoco sacamos mucho con tener un gran desarrollo minero en Antofagasta; o un desarrollo forestal importante en Concepción; o un desarrollo hidroindustrial futuro muy importante en Aysén; si finalmente esas ciudades y regiones no son capaces de lograr estos grados de autonomización que requiere un desarrollo regional más equilibrado.

Dicho eso, creo que la ciudad está experimentando un proceso que veo equivocado, y que creo va a ser cada día más difícil de revertir. Por ejemplo, no creo que sea pertinente para la ciudad

vanagloriarse en que es capaz de implementar su parque automotriz en 200.000 unidades por año.

Las ciudades que están aspirando hacia la sustentabilidad, como Berlín, como Dresden, y como muchas otras en Europa y en el mundo, no están apostando por el mantenimiento de las tasas altas de crecimiento transporte privado, sino que están apostando decididamente por el crecimiento del transporte público.

Y creo que aquí ha faltado un grado de definición respecto de este tema. ¿En qué medida se quiere que este transporte público eficiente y competitivo sea financiado por los evasores, o sea por privados? ¿O tiene que ser un sistema como en la práctica ocurre, financiado por el presupuesto público? Y si es financiado por el presupuesto público, tendría que ser el mejor sistema posible.

Pero esto de tener un sistema a medias ha constituido un aliento gigantesco para la introducción de un número ilimitado de vehículos privados que aumentan la congestión; que tornan absolutamente insuficiente cualquier infraestructura que se implemente; y consecuentemente vuelven cada vez menos factible y financiable el sistema de transporte público. Creo que si eso no se resuelve, la contaminación, la congestión y más que nada, el estímulo a la dispersión de la ciudad van a seguir siendo muy altos.

Me parece también que hay que resolver el tema ambiental. No es aceptable una ciudad que tenga los niveles de contaminación atmosférica que Santiago tiene. Por mucho que se diga que hayan mejorado en algo los índices de concentración de micropartículas, sabemos que las partículas finas no han disminuido sino que han aumentado, y también sabemos que la contaminación atmosférica evidentemente va a seguir aumentando si aumenta la fuente. Si la contaminación depende hoy principalmente de la industria, de las chimeneas domésticas o de los automóviles; si todas estas fuentes aumentan, ¿por qué habría de disminuir la contaminación? Sería una gran contradicción. Eso sigue siendo una lacra para la ciudad, con efectos muy letales para su población, con una devastación gigantesca para los bordes urbanos.

Ahora, esos niveles de contaminación en gran medida son mitigados por un extraordinario crecimiento de las áreas verdes. ¡Aquí hay que reverdecer todo lo que sea posible! Y en eso estamos tremendamente atrasados. Hoy día, una ciudad que no tenga un quinto de su superficie por lo menos como áreas verdes, no es sustentable. Y aquí estamos muy lejos de esa cifra. Y con una distribución interna absolutamente discriminatoria e injusta de esas áreas verdes.

Por el contrario, cuando la ciudad presenta un nuevo Plan Regulador y se expande, ¡se miente! En el caso de la última expansión del Plan Regulador Metropolitano de Santiago, se dice que van a aumentar las áreas verdes. Eso no es verdad. Porque si uno suma todas las áreas agrícolas, que son verdes, que van a disminuir por la expansión urbana, y se les agrega todos los humedales, riveras de ríos y esteros, remanentes de bosque nativo ¿cuántas hectáreas desaparecen? Entonces si uno suma todas las áreas verdes agrícolas o naturales que

desaparecen y luego las trata de compensar...Lo que es también un absurdo, elimino áreas verdes y ahora creo unas artificiales. Y eso lo presento como un éxito del Plan Regulador.

Por otro lado, probablemente nunca se van a ejecutar esas obras. Entonces, ¿eso no contribuye a la ampliación de las áreas verdes! Eso hay que resolverlo.

Luego, otro tema importante que no debemos dejar de considerar es el envejecimiento de la población. La propia prensa nos advierte que vamos a tener muchos jubilados pobres. Entonces el futuro de la ciudad tiene que considerar necesariamente a gente que va a tener escasas posibilidades de movilidad privada, y que no justifica la suburbanización ilimitada.

A nosotros nos va a pasar lo mismo que Europa, viene un proceso de gentrificación muy fuerte. Porque efectivamente los costos de transporte, el incremento de la circulación en vías privadas, la necesidad de servicios concentrados, la escasa movilidad de la población...son todos factores que apuntan a la formación de núcleos urbanos en torno a los sistemas de transporte público, que esté más acorde con esta población y sus características.

Nos informan ahora que a contar del año 2021, los jubilados van a recibir un 40% de las rentas que hoy están recibiendo. Entonces deberíamos pensar que no sólo vamos a ser viejos, sino que vamos a ser viejos pobres. Y ocurre que ya hoy día hay personas que viven en comunas de ingresos menores como San Bernardo y como Paine, que están gastando un gran porcentaje de su ingreso en la circulación vial, más otro gran porcentaje en combustible.

Entonces suponer que estas cifras de crecimiento del parque automotriz contribuyen a la sustentabilidad de la ciudad, es contradictorio. Y estas son las discusiones que se requiere tener, con las cifras en la mano. Creo que todo esto señala la conveniencia, por un lado, de limitar el crecimiento de la ciudad, de proteger las áreas verdes y agrícolas; pero por otro lado generar por fin un sistema urbano de redes estructurado por transporte público y que oferte territorio sano, con mayor integración social.

Como última pregunta ¿qué ventajas y desventajas ve en los Planes Reguladores Regionales y en las Estrategias Regionales de Desarrollo?

A mí me parece que ambos instrumentos son totalmente ineficientes. Yo tengo la impresión, y lo he dicho en otras ocasiones, que más bien se trata de construir mapas de colores. Se trata de un discurso absolutamente incomprensible para la población.

Si a eso sumamos estas Estrategias de Desarrollo Regional, que son verdaderos campeonatos de buenos deseos...en algún momento se hicieron en estadios o teatros, en los cuales la gente votaba finalmente por sus deseos. A mí me parece muy bien que tengamos alguna instancia de expresión de nuestras aspiraciones, pero otra cosa muy distinta es una Estrategia de Desarrollo Regional, en la cual estos deseos tienen que ser tamizados, ponderados, priorizados, y lo que es más importante ¡tienen que ser financiados!

Tienen que identificarse cabalmente los responsables del sector público, y en el caso chileno muy especialmente los responsables del sector privado. Un país en que la mayor parte de su economía está privatizada, en que sus recursos naturales, su medio ambiente, su territorio están privatizados; no puede formular una estrategia de desarrollo sin participación de los agentes privados.

Aquí, ese campeonato de deseabilidad termina siendo una especie de mandato para los servicios públicos. Que ya hemos dicho que son efímeros, que obedecen a intereses centrales y partidistas. Bueno, entonces todo esto termina siendo un documento que a nadie le interesa. Y estoy seguro que la mayor parte nunca lo consulta. Y la próxima consulta será cuando haya que hacerlo de nuevo.

Luego está la empresa consultora que es contratada para estos propósitos, que actúa entre cuatro paredes, que a lo más hace una asamblea pública para comunicar los logros de los iniciados que participan. O sea, jamás se va a transformar en un proyecto social y colectivo. Pero lo que es peor; esa consultora tampoco tiene la obligación de presentar en artículos científicos o en congresos especializados lo que está planteando. No responde ante nadie. Sólo responde ante la contraparte, que es un funcionario público que muy pocas veces está capacitado para hacer el análisis ni revisar críticamente.

Entonces estas Estrategias de Desarrollo Regional, creo yo, han sido inútiles. Y los Planes Reguladores...es como poner un instrumento fijo versus un proceso dinámico. Va a quedar corto a la primera instancia. Entonces creo que hay que mejorar esos planes incorporando la resiliencia como un concepto muy importante. Tiene que ser un proyecto que obedezca a unos objetivos claros de sustentabilidad y desarrollo. Y que no sea un acuerdo entre especialistas respecto a cómo armonizan mejor ese mapa de colores. Eso no es suficiente ni conveniente.

Por lo demás, creo que hay que agregar muchos instrumentos nuevos. A mí me parece que la participación social tiene que tener sus propios instrumentos de consecución de objetivos. Hay que generar las instituciones de gestión y prácticas respecto de esos niveles específicos.

¿Qué pasa con el barrio? Si lo reconocemos como una unidad fundamental de estructura ¿cómo opera, cuáles son sus instrumentos de gestión? Y creo que todas estas cosas no tienen mucho que ver con Planos Reguladores. Tienen que ver más bien planes específicos que den cuenta de la institucionalidad que estamos creando.

Para algunos comentarios finales: Chile sin política, Santiago sin plan.

A mí me parece que es cierto que en todos los sectores, ya sean sociales, económicos y políticos, el país dispone de muy buena gente. Y el capital humano del que dispone el país no está siendo utilizado.

Desde ese punto de vista, las acciones espontáneas o al margen de la institucionalidad a la que hemos aludido, tienen manifestaciones que podrían ser vistas como avances importantes. No

quiero decir con eso que haya que refundar todo, ni mucho menos. Lo que hay que hacer probablemente es armonizarlas, coordinarlas y esencialmente evaluarlas.

Tampoco me parece conveniente tener que estar permanentemente cambiándolo todo, que parece ser un poco la lógica del sistema político. Por el contrario, hay muchos aspectos positivos de los cuales las ciudades chilenas tienen mucho de qué enorgullecerse.

Por ejemplo, yo mencionaría el tratamiento de las aguas servidas. Cuando uno compara la situación de las ciudades chilenas con la de otras ciudades del continente, uno podría concluir que ha sido un sistema de gestión público-privada particularmente interesante.

Ahora, la pregunta sería ¿por qué esta gran intervención no generó los conflictos sociales que ha habido en otras partes? Es muy importante decirlo, porque ahí ha estado el rol subsidiario del Estado, pagando a las empresas privadas lo que corresponde a los sectores eximidos de pago, que son de menores ingresos. Falta todavía la otra parte; pedirle a estas empresas un cierto nivel de responsabilidad, para que además de recibir este trato tan generoso de parte de la sociedad chilena, inviertan sus utilidades en el mejoramiento de las aguas y que sean utilizadas de manera cada vez más pertinente.

Es un ejemplo interesante, todavía con deficiencias, pero en el que se percibe con claridad la integración posible entre la inversión pública y la privada. Y hay muchos otros rubros en los cuales podría estar ocurriendo lo mismo.